

Juan María Gutiérrez y la traducción. Los casos de José Antonio Miralla y Juan Cruz Varela

Patricio Fontana

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Facultad de Filosofía y Letras - Instituto de Literatura Hispanoamericana

patriciofontana@hotmail.com



Resumen

La enorme labor de Juan María Gutiérrez como primer crítico e historiador de la literatura argentina no ha sido lo suficientemente estudiada en un aspecto específico: su interés por la traducción como modo de acrecentamiento del capital literario nacional. Al respecto, en este artículo se abordan en detalle los análisis y las opiniones consignadas por Gutiérrez en diversos textos que le dedicó al trabajo de traducción realizado por José Antonio Miralla (1790-1825) y Juan Cruz Varela (1794-1839). En esos textos, se puede advertir una inquietud por la traducción no solo en términos técnicos —cómo se traduce— sino como parte de una política cultural —qué se traduce, qué debería traducirse. Así, como se verá, en ellos cobra especial relevancia el problema de la elección: qué se elige traducir, qué eligieron traducir —para bien o para mal— Miralla y Varela.

Palabras clave: Juan María Gutiérrez; Juan Cruz Varela; José Antonio Miralla; literatura nacional; importación cultural.

Abstract. *Juan María Gutiérrez and translation. The cases of José Antonio Miralla and Juan Cruz Varela*

Juan María Gutiérrez's vast work as the first critic and historian of Argentinian literature has not been sufficiently studied in a specific aspect: his interest in translation as another way to increase the national literary capital. In this regard, the aim of this article is to study in detail the analysis and opinions consigned by Gutiérrez in different texts dedicated to the translation work made by Jose Antonio Miralla (1790-1825) and Juan Cruz Varela (1794-1839). In those reflections it can be noted an interrogation of translation not only in technical terms —how to translate?— but also as part of a cultural policy —what is translated?, what should be translated? So, as we expect to show, in those reflections is especially relevant the problem of choice: what is chosen to translate?, what did Miralla and Varela choose to translate, for better or worse?

Keywords: Juan María Gutiérrez; Juan Cruz Varela; national literature; cultural importation.

Sumario

José Antonio Miralla	Coda: las decepciones de Gutiérrez
Juan Cruz Varela	Referencias bibliográficas

En el prólogo a un reciente libro colectivo titulado *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*, las coordinadoras del volumen, toda ellas especialistas en estos temas, aseguran que «una cultura derivativa y de mezcla como la latinoamericana se basa fuertemente en la traducción» (Pagni, Payás y Willson 2011: 8). Para el caso de la Argentina, en efecto, ya en los testimonios de varios miembros de la llamada «Generación del 37» se advierte un acentuado interés por conocer otras lenguas y por traducir textos considerados necesarios para la constitución del capital cultural de la joven nación.¹ Recuérdese, al respecto, no solo la voracidad por aprender idiomas —en especial inglés y francés, pero también alemán o italiano— que registra Domingo Faustino Sarmiento en *Recuerdos de provincia* (1850), sino también que, sobre el final de esa misma autobiografía, cuando realiza un recorrido por toda su producción escrita, no olvida consignar prolijamente las traducciones que había realizado (es decir, para Sarmiento sus traducciones son parte importante de su producción intelectual). En esta línea, también es oportuno recordar que la literatura argentina —o al menos su primer libro: *Facundo*— se inicia —como lo ha advertido Ricardo Piglia (1980) en un artículo ya clásico aunque muy discutido (y discutible)— con una escena de traducción, la de una frase en francés, «On ne tue point les idées», que Sarmiento transforma —*argentiniz*a— como: «A los hombres se degüella, a las ideas no».²

Lo que esa traducción de Sarmiento manifiesta en escala mínima —tan solo una frase— es sin embargo un ejemplo paradigmático de la función que la traducción puede cumplir en culturas periféricas como la argentina. No se trata meramente de traducir para acceder a lo escrito en otras lenguas, sino de incorporar, de hacer propio lo ajeno. Así, en el interés de los miembros de la generación del 37 por la traducción se advierte el funcionamiento de esta como «anexión y reapropiación de un patrimonio extranjero», como «otro medio de acrecentar el patrimonio [de una literatura nacional]» (Casanova 2001: 306). En el caso argentino, además, el interés por conocer otras lenguas y traducir los textos que se

1. Antes, el interés por la traducción no fue menor (recuérdese, por caso, la versión del *Contrato social* de Rousseau realizada por Mariano Moreno). De hecho, este artículo trabaja con las reflexiones que hizo Gutiérrez acerca de traducciones realizadas en el período 1820-1840. Un panorama sobre la traducción poética entre esos años lo ofrece Arrieta (1960).
2. Sobre la traducción como transformación —vale decir, como apropiación transformadora de la cultura ajena— en la anécdota que abre el *Facundo* véanse las lecturas complementarias de Sylvia Molloy (1996) y Julio Schwartzman (1996). Ambos críticos insisten en que Sarmiento saquea el archivo europeo, que en él traducir no es «copiar» sino «leer con diferencia» (Molloy 1996: 38); en eso consistiría, para Sarmiento, la «traducción argentina».

habían escrito en ellas implicaba asimismo un modo de desprenderse de España, de cortar lazos con la ex metrópoli hacia cuya cultura, además, no evitaban mostrar, a menudo, un muy pronunciado desdén. En términos generales, para la generación del 37 los libros importantes, los libros cuya lectura les iba a permitir (a ellos y al país) estar en sintonía con el siglo no eran libros escritos en castellano; no, seguramente, en España.³

Muy tempranamente, de entre los miembros más conspicuos de la generación del 37 Juan María Gutiérrez se fue perfilando como el más preocupado —o más sistemática y obsesivamente preocupado— por los varios problemas que atañen a la constitución de una literatura nacional. Es por ello que sus contemporáneos, y de allí en más casi todos los que se dedicaron a estudiar la historia cultural del siglo XIX argentino, no duraron en considerarlo el primer historiador y crítico literario: el precursor de esas disciplinas en la Argentina. Aun Marcelino Menéndez Pelayo, quien mantuvo serias diferencias con las posiciones de Gutiérrez —en especial por lo que calificaba su «antiespañolismo furioso»—, lo juzgaba un protagonista indiscutido —una «autoridad»— del emergente campo cultural latinoamericano: «Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fue además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas» (Menéndez Pelayo 1895: CLXXI).

Pese a ese reconocimiento, y pese aun a que su obra ha sido estudiada con sagacidad, hay zonas de la labor de Gutiérrez que permanecen casi inexploradas. Una de ellas —de la que quiero ocuparme aquí— es su inquietud por la traducción entendida como una práctica constitutiva de una literatura. Gutiérrez era consciente de que una literatura nacional no se construye tan solo con textos originales sino también con la incorporación, vía traducción, de textos de otras literaturas.⁴ Acercarse pues al interés de Gutiérrez por la traducción permite poder entender tanto cuál es la idea de literatura nacional que recorre su labor intelectual como también, más básicamente, de qué manera se construye una literatura nacional casi desde la nada; cómo se le da entidad a algo —la literatura argentina— en cuya existencia Gutiérrez cree, pero de la que debe exhibir, ante los más escépticos, pruebas palpables, evidentes.

La preocupación de Gutiérrez por la traducción se asocia principalmente con la cuestión de cómo se erige el patrimonio cultural de una nación; en este sentido,

3. Este anhelo —el de apartarse culturalmente de España— debe pensarse en paralelo, y como complemento, del abandono del monopolio comercial y de la dominación política españolas. La hipótesis de la generación del 37 es que habiéndose producido lo primero en mayo de 1810, todavía luego de tres décadas el corte cultural con España estaba por realizarse. Sobre esta anhelada «revolución en las ideas», véase Myers (1998).
4. Los trabajos más importantes consagrados a Gutiérrez —entre otros, Pagés Larraya (1983), Sarlo Sabajanes (1967), Myers (1993), Croce (1999) y Amante (2003)— no se detienen especialmente en el interés de Gutiérrez por la traducción. Asimismo, uno de los pocos trabajos recientes que aborda esta cuestión, el de Susana Romanos Sued (2004), no interroga casos concretos de traducción sobre los que haya reflexionado Gutiérrez —como se hará en este artículo— sino que, de manera más general, considera cómo funciona en su concepción de lo nacional la «dialéctica de lo propio y lo otro» y establece una «genealogía» que, hacia adelante, lo pone en relación con la labor traductora de Jorge Luis Borges y de Héctor A. Murena.

me interesa interrogar los textos que les dedicó a dos hombres nacidos en la última década del siglo XVIII en el territorio que muchos años después sería denominado República Argentina: José Antonio Miralla y Juan Cruz Varela. Y esto en razón de que en esos textos ocupa un lugar nada desdeñable el análisis de las traducciones que aquéllos realizaron. Gutiérrez, por un lado, se interesa por la calidad de esas traducciones —digamos, por el valor literario de esas versiones en castellano de textos extranjeros, por sus méritos estrictamente literarios—; vale decir, se preocupa por el *cómo* tradujeron Miralla y Varela. Pero, por otro lado, la preocupación de Gutiérrez implica también, y prioritariamente, *qué* tradujeron esos literatos: sus elecciones. La traducción, según el criterio de Gutiérrez, era una actividad que debía realizarse en función del tipo de literatura —del tipo de textos— que una nación joven como la argentina necesitaba producir o adquirir. Había que elegir bien qué se traducía, y no solamente traducir bien. Como enseguida se verá, ese problema —el de la elección— aparece obstinadamente en las reflexiones de Gutiérrez sobre la traducción literaria.

José Antonio Miralla

Una calle del oeste de la ciudad de Buenos Aires (Argentina) recuerda que existió alguien que se llamó José Antonio Miralla. Habiendo nacido en 1790, en Córdoba, y fallecido aún joven, en México, en 1825, no obstante desarrolló una existencia itinerante y miscelánea que recuerda la de algunos personajes de Alejo Carpentier. De muy joven, vivió en Buenos Aires, donde estudió. En 1810, a los 20 años, y poco antes de que se produjeran los sucesos de mayo, abandonó el territorio argentino, al que nunca más volvió. Desde ese año, su existencia se desplegó en diversos lugares: Perú, España, Inglaterra, Cuba, Estados Unidos y Nueva Granada. En Cuba, donde estuvo desde 1816, no solo se convirtió en un exitoso empresario y comerciante de azúcar, sino que también se interesó en la causa de la independencia de la isla. El peregrinaje entre Estados Unidos, Nueva Granada y México en los últimos tres años de su vida —en los que además se casó y tuvo una hija— estuvo en lo esencial asociado a su compromiso creciente con esa causa, en razón de lo cual es reconocido como uno de los precursores de la Independencia cubana.⁵

A Juan María Gutiérrez le atrajo especialmente la vida de Miralla, un hecho que se corrobora en que escribió no una sino —increíblemente— tres biografías de él, cada una ampliación y corrección de la anterior. Esos tres textos fueron publicados respectivamente en 1860, en 1866 y en 1874.

¿Por qué el interés de Gutiérrez en Miralla? Las razones son, por supuesto, varias, pero entre ellas se destacan dos, relacionadas entre sí: una es que Miralla fue, según Gutiérrez, un comprometido patriota. La segunda, que Gutiérrez quie-

5. El libro que le consagró a Miralla el argentino Eduardo Labougle Carranza (publicado por primera vez en 1924) se titula, precisamente, *José Antonio Miralla: poeta argentino, precursor de la independencia de Cuba*. En un trabajo previo publicado en *Cuba Contemporánea*, Antonio Irazoiz lo denomina «uno de los precursores del separatismo cubano» (1923: 331).

re persuadirnos de que su biografiado fue, también, un literato. Uno de los objetivos de Gutiérrez al escribir estas biografías de Miralla es sumar un habitante argentino a la República Mundial de las Letras; y esto pese a que la producción «literaria» de su biografiado es escasísima: se reduce a unos pocos —poquísimos— poemas, y a la traducción de una novela del italiano Ugo Foscolo y de una célebre elegía del inglés Thomas Gray. De hecho, podría decirse que los únicos textos que le permiten a Gutiérrez dar evidencias ciertas de la existencia de un Miralla-literato son, casi únicamente, esas dos traducciones.

El primer texto biográfico que Gutiérrez le consagró a Miralla —«Breves apuntamientos para la biografía de José Antonio Miralla»— se publicó primero, en 1860, en el tomo II de la *Revista del Pacífico*, y ese mismo año pasó a formar parte de su libro misceláneo *Apuntes biográficos de Escritores, Oradores y hombres de Estado de la República Argentina*.

Sobre el final de este primer texto, Gutiérrez consigna que la traducción que realizó Miralla en 1822 de la novela epistolar de Ugo Foscolo *Ultime lettere di Jacopo Ortis*⁶ representa «el único documento que haya llegado a nuestras manos medianamente apropiado para dar testimonio de los dotes o de los defectos de su estilo» (1860: 108). Es decir, el biógrafo de Miralla confiesa que no hay demasiados lugares más allá de esta traducción para verificar lo que para él es, no obstante, algo así como una verdad revelada: que su biografiado fue un literato, un hombre de letras. Sin embargo, y en relación con esta traducción, Gutiérrez insiste también en una cuestión que lo obsesiona: el compromiso patriótico del literato. Porque si Gutiérrez, por un lado, considera que la versión de Foscolo es «fácil y correcta, y conserva transparente, sin daño de la *lingua patria*, las formas mórbidas del original italiano» (1860: 108, énfasis mío), al mismo tiempo opina que fue un craso error de Miralla traducir esta novela; por ello, también afirma:

El acierto en traducir del que dio pruebas nuestro compatriota faltóle para elegir el objeto de su «principal obra literaria». La familia enfermiza de *Verther* [sic] pudo llegar vigorosa hasta el umbral del siglo presente; pero hoy no puede tener descendencia en las Repúblicas que crecen en el nuevo mundo, sin ruinas del tiempo sobre sus juveniles espaldas, y que andan alegremente el camino hacia lo venidero en que tantas esperanzas de hoy han de ver cumplidas. (1860: 109)⁷

6. Foscolo empezó a escribir la novela en 1796. Hay una primera edición, apócrifa, de 1799; la primera edición reconocida por Foscolo es la de 1801. Hay, luego, otras varias ediciones: por lo menos tres de 1802 y una definitiva, publicada en Londres en 1817, por el sello de John Murray. ¿Habrá Miralla conocido a Foscolo personalmente? Por ahora, el dato es improbable.
7. Las palabras entre comillas de la primera oración de este fragmento llevan una nota al pie en la que Gutiérrez aclara: «Así denomina el editor de Buenos Aires la traducción de esas cartas». Este editor, Patricio de Basabilbaso, que publicó la traducción en 1835, merece un breve apunte biográfico en este mismo libro. Sobre esta publicación de la traducción de Miralla en Buenos Aires ver Weinberg (1977: 23). La primera publicación de la traducción de *Últimas cartas Jacopo Ortis* [sic] se realizó en La Habana, en 1822; una segunda edición apareció en Barcelona, en 1833 (Arrieta 1944: 12).

Vale decir, la traducción de Foscolo es uno de los pocos documentos ciertos —habría que decir tangibles— donde puede advertirse el mérito de este literato argentino, de su estilo. Sin embargo, además de un estilo, en esa misma traducción Gutiérrez advierte una decisión errónea: Miralla no debería haber traducido la novela de Foscolo. ¿Qué debería haber traducido, entonces? Gutiérrez, sin solución de continuidad, da la respuesta, una respuesta que le ofrece el propio traductor: «Miralla habría sido capaz de traer al dominio del habla española los recónditos tercetos de la *Divina Comedia*, como puede juzgarse por la muestra que nos ofrece la versión de [ellos que hay en] las *Últimas cartas [de Jacobo Ortis]*» (1860: 108).⁸ Y en relación con esa mácula o desacierto en la biografía de Miralla, remata este texto haciendo un llamado a descubrir otros «títulos» que ilustren el «mérito como literato» de este «compatriota»:

Estamos por tanto los argentinos, en el deber de buscar en el rastro de la existencia andariega y desprendida del Sr. Miralla, otros títulos para colocarle en el lugar que le corresponde por su indudable mérito como literato, así como los tiene ya granjeados como patriota, para nuestra gratitud y nuestro cariño. Alentar a otros para que efectúen esas indagaciones es el objeto que nos hemos propuesto al escribir estos ligeros apuntes que reclaman la indulgencia de los lectores. (1860: 109-110)

Así, y como suele hacerlo a menudo, en el cierre Gutiérrez opta por la presunción o la conjetura: en este caso, la sospecha esperanzada sobre la existencia de otros testimonios que reduzcan la importancia de la traducción de Foscolo y apuntalen los atributos de Miralla como hombre de letras y a la vez patriota. Es decir, de textos que anuden adecuadamente esas dos virtudes.

Ese llamado a encontrar otros textos de Miralla fue, antes que por otro, escuchado por el propio Gutiérrez, quien, en años posteriores publicó, como dije, dos biografías más: una en 1866, publicada en la *Revista de Buenos Aires* con el título «Don José Antonio Miralla», y otra en 1874, en la *Revista del Río de la Plata*, denominada «Un forastero en su patria. Noticias sobre José Antonio Miralla».⁹ Pero pese a su tenacidad en la búsqueda de documentos, pese al deseo de encontrarlos, Gutiérrez no halló en la producción de Miralla como traductor esos «otros títulos» por los que clamaba —y de cuya existencia parecía estar convencido— en aquella primera biografía escrita a mediados de 1850: títulos que atenuaran el desacierto patriótico de haber optado por traducir la novela *enfermiza* de Foscolo y no algo más adecuado a la lozanía del «Nuevo Mundo» y sus lectores. Y esto porque la otra traducción de Miralla que ahora puede mencionar —la de la

8. Gutiérrez se refiere a los fragmentos de la *Comedia* de Dante que cita Jacobo en sus cartas a su amigo Lorenzo, en las que le cuenta pormenorizadamente los avatares de su relación con Teresa, una mujer comprometida con un novio al que no desea ni quiere.

9. Si bien entre ambas hay algunas diferencias importantes, para la cuestión que aquí me ocupa citaré únicamente el texto de 1874, que en cuanto a la labor de traducción de Miralla no presenta grandes diferencias con el de 1866 (aunque sí, como se verá enseguida, al respecto ambos son muy diferentes del previo, el de 1860).

«Elegy Written in a Country Churchyard», de Thomas Gray— tampoco lo satisface en términos patrióticos.¹⁰

¿Cuál es el problema común que Gutiérrez encuentra en estos textos más allá de sus irreductibles diferencias? Tanto la novela de Foscolo como la elegía de Gray son por cierto textos atravesados por una pulsión tanática: en ambos la muerte es protagonista indiscutida. Gutiérrez, de manera más o menos evidente, opina que se trata de textos perniciosos para una nación en vías de consolidarse: como si la índole mórbida de esas producciones extranjeras pudiera inocular en los lectores de la aún joven y endeble república un achaque foráneo que los debilitara (a ellos y en consecuencia a la nación de las que formaban parte). Esos textos —sostiene Gutiérrez— miran hacia el pasado, hacia lo que ya fue: se regodean en las «ruinas», en los despojos. Las «juveniles» repúblicas del Nuevo Mundo —puro devenir, puro futuro, pura alegría— debían permanecer lejos de esos focos de contagio que representaban las expresiones más morbosas de un continente ya viejo. En consecuencia, aquí despunta toda una teoría sobre los textos como posibles transmisores de males y, como complemento, de la traducción como aduana higiénica que, según el caso, puede impedir el ingreso de un texto nocivo para la salud cultural del país importador.

Sin embargo, ante la falta de nueva evidencia que le permita rectificar sus apreciaciones sobre las preferencias de Miralla como traductor, Gutiérrez postula entonces nuevos y enrevesados argumentos para justificar la elección de la novela de Foscolo y de la elegía de Gray:

Las dos obras principales a cuya traducción se contrajo Miralla demuestran que en el fondo de su carácter, aparentemente tan jovial, existía una gran predisposición a la melancolía, que le llevaba a preferir en las literaturas extranjeras las producciones que se han llamado del género romántico. Es verdad que la famosa novela de Foscolo respira por todas sus páginas el sentimiento de la patria, las aspiraciones a la libertad y los dolores de la servidumbre política, y que esta circunstancia puede explicar la simpatía del traductor hacia ella. Sin embargo su elección no parece

10. Junto con, entre otros, Thomas Percy, Oliver Goldsmith, James MacPherson y Edward Young, Gray es considerado uno de los *graveyard poets*. Su elegía, que por métrica está más cerca de la oda, fue publicada por primera vez en 1551, es una meditación sobre la muerte y el recuerdo de los muertos que hace el yo lírico ante un cementerio pueblerino en el momento en que «La débil luz va del país faltando, / y alto silencio en todo el aire veo», según la versión de Miralla. Realizada en 1823, la traducción de Miralla ocupa 116 versos y se titula «En el cementerio de una Aldea». En un texto de Emilio Carilla al que haré otra mención más adelante, este crítico considera que «En las escasas poesías originales que escribió [Miralla] aparecen contactos con sus traducciones más importantes. Particularmente, de su traducción más difundida (es decir, la elegía de Gray)» (Carilla 1979: 192). Según Rafael Alberto Arrieta, Miralla habría hecho esta traducción en 1823, mientras se hallaba en Nueva York junto con José María Heredia (de quien fue muy amigo) intentando convencer al ex presidente Jefferson para que terciara a favor de la independencia cubana (1944: 12). También según Arrieta —que no ofrece la fuente de esta anécdota— Miralla se habría propuesto a traducir el poema de Gray como desafío a «alguien» que «durante cierta reunión de personas cultas celebrada en Filadelfia en 1823, [...] sostuvo que la ampulosidad del idioma español era obstáculo invencible para corresponder a la concisión del inglés» (1944: 10).

del todo acertada, pues Dorts [sic por Jacopo Ortis] es un personaje de la enferma familia de Verther [sic], a quien vencen moralmente los contratiempos y la desgracia hasta precipitarle en la demencia del suicidio. (1874: 339)

Ahora, la novela de Foscolo está, por un lado, lo suficientemente nutrida de «sentimiento de la patria» como para que el patriotismo de Miralla permita justificar, siquiera en parte, su elección. Vale decir, ahora Gutiérrez no hace tan solo énfasis en la mórbida historia de amor que se narra en la novela —a partir de la cual declaraba el carácter enfermizo del texto—, sino en el hecho de que su protagonista sea también un joven apasionado por su patria, y desencantado por el destino que esta sufre.¹¹ Pero, al mismo tiempo, Gutiérrez echa mano de otra justificación, que hace a lo que podríamos llamar el humor del biografado:¹² debe, para ello, suponerle al carácter de Miralla un «fondo» melancólico que ponía en jaque una superficie «aparentemente tan jovial». Y de esta manera, la faceta como traductor de Miralla, que en los «Breves apuntamientos» introducía ciertas sospechas sobre su imagen biográfica, queda ahora medianamente preservada.

De la traducción de la elegía de Gray, por su parte, Gutiérrez concluye no sólo en la calidad de Miralla como traductor sino, también, como poeta: «Miralla conquista en estos cuartetos *un lugar entre los buenos versificadores*» (1874d: 341, énfasis mío), asegura. Sin embargo, es también a propósito de esta elegía donde aparece una tensión que recorre gran parte de las reflexiones de Gutiérrez cuando relata la vida de diversos escritores americanos: la tensión entre celebrar el «comercio con las musas» y, al mismo tiempo, encomiar que esos mismos «versificadores» o «literatos» se entregaran, con más dedicación, a otras tareas: las vinculadas a la patria, a las que juzga más relevantes que la composición de

11. Para la creación del personaje de su novela, Foscolo trabajó con material autobiográfico; él, como su personaje ficcional, se vio muy afectado por el tratado de Campoformío, mediante el cual Napoleón entregó Venecia a la corona austríaca. Al comienzo de la novela, Jacobo, un veneciano, se refugia en las colinas Eugéneas, ubicadas al sur-oeste de Padua, y se muestra muy compungido por el destino de su patria, que es también el suyo: «Nuestra patria ha sido ya sacrificada y todo está perdido. Si nos hacen gracia de la vida, podremos emplearla sólo en llorar nuestras desgracias y nuestra infamia. [...] ¿Tendré que abandonar también este antiguo lugar de soledad, donde aún puedo esperar algún momento de paz sin perder de vista mi desdichado país? Lorenzo, tus noticias me horrorizan, ¿cuántos son, pues, los perseguidos? Y sin embargo, nosotros, los italianos, nos lavamos las manos con la sangre de otros italianos. No me preocupa lo que pueda sucederme: ya nada espero de mi patria, ni de mí mismo; y la prisión y la muerte me encontrarán tranquilos» (1977: 26). Si recordamos ahora que la novela circuló en la traducción de Miralla desde mediados de la década de 1830, podemos preguntarnos en qué medida el personaje de Jacobo sirvió a varios proscritos de la generación del 37 para modelar sus propios personajes como exiliados, por ejemplo en la correspondencia. La intolerancia hacia la novela de Foscolo debe leerse también como parte de una sospecha general de Gutiérrez hacia la novela como género. En efecto, la generación del 37 osciló entre el rechazo a este género moderno y la aceptación de su necesidad y aun de sus beneficios en relación con la constitución de una cultura nacional. Véase al respecto Laera (2004).
12. Me refiero al «humor» en el sentido que recibe el término en la «teoría de los humores», que postula la existencia de cuatro tipos de caracteres de acuerdo al predominio de alguno de los cuatro humores: la bilis, la bilis negra, la sangre o la linfa.

versos. Y así, a propósito de cierta precipitación evidente en la traducción del poema de Gray (cierta falta de corrección o de pulido) reflexiona:

El tiempo urgía, corría para él tanto más precioso cuanto más multiplicados eran los objetos a que le consagraba. Su vida literaria era de tránsito, puede decirse así, en su peregrinación en busca de la realización del gran pensamiento de la independencia de Cuba. (1874: 343)

En otras palabras, Gutiérrez termina reivindicando, al menos parcialmente, una tarea de traducción que, en principio, había criticado en términos bastante duros. Pero lo relevante es que esa metamorfosis que va de la crítica a la tímida reivindicación —en especial de la novela de Foscolo— no pasa por el hecho de que Gutiérrez cambie sus parámetros para definir el valor de ese texto —de esa traducción— sino en que, con el correr de los años, encuentra argumentos para poder apreciar ese texto por las mismas razones por las que, en un primer momento, lo había censurado absolutamente. Con agudeza, Jorge Myers señaló hace algunos años una paradoja central de la producción de Gutiérrez: este es, por un lado, alguien que «estableció tácitamente la legitimidad de una concepción que privilegiara la autonomía del campo literario» (Myers 1993: 75); sin embargo, en tensión con esa postura, su obra no deja de estar marcada fuertemente por una concepción de lo literario que era «la postura común de su época» (Myers 1993: 75) y que consistía en valorar esta actividad en función de su utilidad política o social; vale decir, que promulgaba «la sujeción del arte a valores externos a su propio fuero» (Myers 1993: 73). El modo en que Gutiérrez reflexiona sobre la traducción de la novela de Foscolo es un claro testimonio de esa paradoja o tensión: por un lado, sabe advertir los méritos estrictamente literarios de la traducción; por otro, no deja de censurar las elecciones de Miralla, o de ensalzarla tímidamente, en términos que se definen estrictamente por la utilidad que ese texto podía tener, o no, en una sociedad joven como la de la Argentina de mediados del XIX, o sea, una de las «repúblicas que crecen en el nuevo mundo».¹³

Por lo demás, Gutiérrez vuelve a afirmar aquí, como ya lo había hecho en el primer texto que escribió sobre Miralla, que éste habría sido un eficaz traductor

13. Cuando muchas décadas después Emilio Carilla preparó para la «Biblioteca Ayacucho» el volumen *Poesía de la Independencia* hizo figurar a Miralla entre los poetas independentistas. De las dos poesías que escogió para publicar, una de ellas es justamente la traducción de la elegía de Gray; vale decir, la traducción de «Elegy Written in a Country Churchyard» es en este volumen de *Poesía de la Independencia* ya una poesía de Miralla. Y en este proceso de anexión de un poema extranjero al capital cultural americano o argentino la importancia de Gutiérrez es indiscutible, más allá de su opinión sobre el poema. Sin embargo, en la nota en la que repasa la biografía de Miralla, y en la que Gutiérrez es bibliografía principal, Carilla se siente obligado a incorporar una advertencia cuya tortuosidad sintáctica y semántica es flagrante: «Si hay mucha variedad geográfica en la vida de Miralla, verdad es también que su obra literaria no ofrece igual abundancia. [...] Puede cuestionarse la significación concedida a Miralla, tratándose de un prestigio literario apoyado sobre todo en traducciones. Con todo, el mérito de esos intentos, junto a la fecundidad que representaron para las letras americanas, y la fecundidad que representaron para las letras hispanoamericanas de la época, le dan un lugar que sería mezquino retacearle. Agregó, en fin, su especial y repartida presencia continental, su identificación con la revolución, en aquellos años dramáticos» (Carilla 1979: 191-192).

de la *Comedia* de Dante (Gutiérrez 1874: 338-339); o sea, insiste en que ése, y no el de Foscolo, es el texto que debería haber traducido. Así, las biografías de Miralla insisten también en la necesidad que había de incorporar a la literatura en lengua castellana en general, y a la argentina en particular, una correcta traducción del texto canónico de Dante Alighieri.¹⁴

Juan Cruz Varela

Varela (infatigable atleta poético) traduce a Horacio y muere con la *Eneida* en la mano, esforzándose por continuar la versión de este poema.

(Juan María Gutiérrez, *América poética*)

En 1871, y con alguna resignación, Gutiérrez entregó a la imprenta su *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*. Y escribo «con alguna resignación» porque ese texto —que estaba casi terminado desde algunos años antes— había sido pensado, inicialmente, como una larga introducción a las obras reunidas de Varela, un proyecto editorial que Gutiérrez, sin embargo, no pudo concretar (como sí pudo hacerlo, más o menos por los mismos años, con las *Obras completas de don Esteban Echeverría*).

Juan de la Cruz Varela fue sin dudas el principal poeta neoclásico de la Argentina. Varela, quien nació en 1794 y falleció en 1839, vivió en el exilio los últimos años de su existencia, principalmente en Montevideo. Este prolongado exilio tuvo razones políticas: como poeta y funcionario —o como «poeta militante»— Varela había estado muy comprometido con los proyectos políticos cuya figura central había sido su amigo Bernardino Rivadavia, y cuando la buena estrella de esa facción se apagó hacia la segunda mitad de la década de 1820 (con el fracaso del proyecto presidencialista de Rivadavia), Varela abandonó una Buenos Aires en la que le resultaba —según su solícito biógrafo— cada vez más difícil subsistir. Fue en esa larga década de exilio cuando decidió ejercitarse en la traducción, en especial de textos en latín de autores clásicos: Virgilio y Horacio.¹⁵

En esta biografía intelectual y política de más de 350 páginas —biografía que funciona también como recopilación parcial de textos del poeta, algunos hasta ese momento inéditos—, Gutiérrez le dedica una zona por cierto extensa (casi un 20% del libro) a la labor como traductor de Varela. Por supuesto, Gutiérrez

14. ¿Habrán leído Bartolomé Mitre alguno de estos textos en los que Gutiérrez aboga por la necesidad de una traducción al castellano de la *Comedia*? Y si así fue: ¿habrá funcionado Gutiérrez como acicate para que Mitre emprendiera finalmente su traducción de la *Comedia*, que empezó a difundirse a fines de la década de 1880? Curiosamente, uno de los primeros ejercicios de traducción de Mitre fue, por consejo de Florencio Varela, el de la *Elegy* de Gray (Arrieta 1960: 249).
15. Además de una parte de la *Eneida*, en la que me centraré en este trabajo, Varela tradujo también una fábula de Jean de La Fontaine —«La matrona de Efeso», que Gutiérrez transcribe completa en el *Estudio*— y cinco odas de Horacio.

no considera que ese puñado de traducciones sea lo más importante que realizó Varela como literato (Varela no es Miralla: el literato casi sin obra); no obstante, sí considera que esa producción ofrece suficientes muestras de los méritos de Varela como poeta. Para Gutiérrez, Varela es poeta también cuando traduce. En razón de esto, al inicio del análisis de la labor de traducción de su biografiado, asegura:

Antes de considerar a nuestro ilustre compatriota bajo el aspecto del poeta lírico en que especialmente brilla, según nuestro parecer, y como por vía de paréntesis, tomémosle por un lado más humilde, y seguros estamos que al estudiarle como traductor, hemos de tener motivo para reconocerle méritos capaces por sí solos de fundar el crédito de un literato laborioso y de ingenio. (1871: 100)

Durante su exilio —y de esto se ocupará Gutiérrez en los capítulos finales de esta biografía— la actividad intelectual y literaria de Varela no se redujo a la traducción, aunque de todos modos sus años más productivos fueron los de la primera mitad de la década de 1820. Sin embargo, la opción de consagrar dos extensos capítulos del *Estudio* —el XVII y el XVIII— a estas tareas es efectiva ya que así Gutiérrez aísla una imagen biográfica muy atractiva: el exiliado que traduce. Una imagen que, además, ya había propuesto Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, donde se lee: «[Varela] Murió desterrado en Montevideo, ocupado en una traducción en verso de *La Eneida*, cuyos dos primeros cantos dejó concluidos y limados, con el esmero que le era característico» (Sarmiento 2001: 88).¹⁶

La imagen del exiliado que traduce es potente porque alude a la pregunta sobre el destino de la lengua del exiliado. Al respecto, en su visitadísimo análisis de la anécdota de la cita en francés que da inicio a *Facundo*, Ricardo Piglia propone lo siguiente: «Anécdota a la vez cómica y patética, un hombre herido que se exilia y huye, abandona su lengua materna del mismo modo en que abandona su patria» (1980: 15). Pero ¿hubo tal abandono de la lengua materna? Sarmiento no es Joseph Conrad o Samuel Beckett, dos escritores que ciertamente abandonaron patria y lengua. Por el contrario, el destierro de Sarmiento trae aparejado, median-

16. El exiliado que traduce volverá a aparecer en otro texto escrito por Sarmiento, la biografía de Dalmacio Vélez Sarsfield, quien, como Varela, se consagró a la traducción de la *Eneida* durante los años que pasó exiliado en Montevideo. Pero si Gutiérrez, en su *Estudio* sobre Varela, pone de relieve las desventajas de la formación en América y señala los obstáculos que tuvo que enfrentar su biografiado para superarlas, Sarmiento, por el contrario, al comentar el trabajo de Vélez, pondera los beneficios de abordar los clásicos de la antigüedad desde América: «[...] el novísimo traductor de la *Eneida* [...] volteja en espíritu sobre la más adelantada expresión del espíritu humano, y llama a juicio a las naciones. Ventaja inapreciable, notada ya por los extraños, de la educación políglota de los americanos del Sur, sin preferencias patrias que tanto estrago hacen en Europa, atribuyéndose cada nación la gloria de un paso más dado en el camino de los progresos humanos, con detrimento de la verdad. Vélez, como se ve, se sentía en América preparado para entrar en la lisa con sus predecesores, en la arqueología, diremos así, y en la contextura no ya de la lengua latina, sino de la mente de sus escritores, no obstante las lecturas corrientes y acreditadas» (Sarmiento 1899: 311). Con estas palabras, que acaso podría haber escrito sin cambios sobre las traducciones de Varela, Sarmiento da muestras una vez más de su lucidez para advertir las ventajas (y no sólo los vacíos, como Gutiérrez) de la *diferencia americana*.

te la asidua y exitosa práctica de la escritura (en ese período publica nada menos que *Mi defensa*, el *Aldao*, *Facundo*, *Recuerdos de provincia* y *Viajes por Europa, África y América*), el afianzamiento de la relación con su lengua. Sarmiento, entonces, permanece en su patria gracias a que *no abandona* la lengua materna

Al igual que Sarmiento, durante su prolongado destierro Varela tampoco abandonó su lengua. En su caso, el ejercicio de la traducción le permitió sumar textos de autores canónicos de otras lenguas al acervo literario de la suya. Al respecto, adviértase en el siguiente fragmento del *Estudio* el uso oportuno del sintagma «lengua materna» por parte de Gutiérrez:

Traducir a golpes de Calepino como a martillazos, puede divertir a un ocioso o dar de comer a un desvalido; pero nada más. El crédito en este género de labor se adquiere a costa de estudio y desvelos, y a condición de poseer un don especial con que la naturaleza no agracia a todos los ingenios. Traducir con propiedad es trasplantar al terreno de la lengua materna, sin que degeneren o se agosten las producciones de climas extranjeros, ya sean leves y delicadas como las flores o robustas y perennes como la palmera. El traductor entra con la llave de los idiomas en la mente ajena y trae al caudal de su patrimonio nuevas riquezas, como la abeja a su colmena la miel en que sólo ella sabe transformar el polen de las plantas. Pero lo que en este gracioso insecto es instinto, en el traductor es raciocinio y estudio, de manera que una buena versión que complazca al espíritu es resultado forzoso del ejercicio de diversas facultades mentales, entre las cuales entra una de las primordiales que es la facultad de comparar. (1871: 100)

De esta cita, quiero destacar especialmente la idea de la traducción como «transplante» y «transformación», una idea presentada mediante el símil, no del todo acertado pero muy en sintonía con el Virgilio de las *Geórgicas*, del traductor como «abeja» que transforma el polen en miel. Para Gutiérrez, entonces, el problema de la traducción es central para literaturas noveles como las de América, literaturas con escaso patrimonio que deben acopiar capital cultural por todos los medios posibles.

Por eso, a Gutiérrez no solo le interesa cómo se traduce —bien o mal; con propiedad o a los martillazos— sino, además y principalmente, qué se traduce. Por supuesto, Gutiérrez no se desentiende de lo primero —de cómo traduce Varela—; por el contrario, se demora calmamente en el análisis técnico de sus traducciones, y aún en postular que, mediante el asiduo contacto con estos poetas y su traducción, la vida de Varela llegó a fundirse y aún a consustanciarse con la de sus legendarios maestros Virgilio y Horacio.¹⁷

17. En sus memorias, la mujer del poeta ruso Ossip Mandelstam —Nadiezhdá— consigna las siguientes reflexiones sobre la traducción de poesía: «El proceso de traducción es diametralmente opuesto a la creación poética, al proceso de su composición. No me refiero, naturalmente, al milagro de la fusión de los poetas, como en el caso de [Vasili] Zhukovsky o A. K. Tolstói [...]. Estos éxitos los obtienen tan sólo los poetas auténticos e, incluso ellos, en raras ocasiones. La simple traducción es un acto racional, frío, de versificación, en el cual se imitan ciertos elementos del verso. Por extraño que parezca, en la traducción no existe un todo acabado antes de su plasmación. El traductor se pone en marcha como si fuera un motor y mediante largos esfuerzos

Pero además, y en contraste con las elecciones desafortunadas de Miralla, Gutiérrez advierte en el proyecto de traducción de Varela una doble efectividad: puramente literaria, porque Varela —como Miralla— traduce bien; de política literaria, porque Varela —en contraste con Miralla— elige textos necesarios; textos que —como la *Eneida* o la *Comedia*— una cultura joven como la argentina estaba en la necesidad de incorporar.

Ese modo de entender la traducción en términos de política (o, mejor, de economía literaria) se hace especialmente evidente cuando Gutiérrez se refiere a la traducción parcial que hizo Varela de la *Eneida* de Virgilio.

Varela, entonces, traduce bien y además elige los textos adecuados. Además, traducir la *Eneida* implicaba brindar al idioma castellano un servicio que la propia España no había podido cumplir adecuadamente. En efecto, cuando Varela se pone a traducir la *Eneida* ya existía al menos una traducción completa al castellano: la que había realizado el presbítero español Gregorio Hernández de Velasco en el siglo XVI, e impresa por primera vez en 1555. En virtud de esto, el análisis que realiza Gutiérrez de la traducción de Varela apunta a demostrar, mediante escrupulosas comparaciones, la «superioridad» (1871: 131) de la traducción de Varela por sobre la de Hernández de Velasco.¹⁸ Escribe Gutiérrez:

mecánicos provoca la melodía que necesita utilizar. Carece de aquello que Jodasevich calificó muy justamente de “oído secreto”. La traducción es un trabajo contraindicado para un poeta auténtico, trabajo que impide, incluso, el nacimiento de la poesía» (2013: 126). En el modo como Gutiérrez considera las traducciones de poemas realizadas por Miralla y Varela parece opinar que en estos dos casos se daría lo que Nadiezhda Mandelstam —y también su esposo— consideraron casi un milagro: la fusión entre poeta traducido y poeta traductor. Así, el hecho de que se trate de traducciones, y no de textos originales, no obsta para que en ellos no se pueda advertir el talento de estos poetas. Para Gutiérrez hay una continuidad, casi una fusión, entre escribir poesía y traducir poesía. En el caso de Miralla, la traducción de la elegía de Gray da fehaciente testimonio no solo de un buen versificador sino de un poeta; más aún: son casi únicamente las traducciones de Miralla las que dan testimonio de la existencia de un literato, de un poeta. En el caso de Varela, donde sí hay una obra original más o menos contundente, de lo que se trata es de postular que sus traducciones están en armónica sintonía —consustanciadas— con su producción; además de en sus producciones originales, el clasicismo de Varela, y además su galicismo, se revelan con igual fuerza en sus traducciones.

18. La traducción en verso de Hernández de Velasco no era la única que existía en español en el momento en que Gutiérrez publica este libro, aunque sí era, por lejos, la más importante, a juzgar por la cantidad de ediciones que se hicieron de ella (y que consigna Marcelino Menéndez Pelayo en su prolija *Bibliografía Hispáno Latina Clásica*). En el *Estudio*, Gutiérrez transcribe una carta que Varela le había enviado desde Montevideo en 1838, donde este le asegura que la traducción de Velasco «no puede ser más defectuosa y ridícula» (1871: 119); asimismo, allí consigna que la traducción parcial, y en verso, de Tomás de Iriarte estaba lastrada por «el prosaísmo insoportable de aquel escritor» y la traducción en prosa de los seis primeros libros atribuida, equivocadamente, a fray Luis de León resultaba «de lo más insoportable que puede leerse» (119). El juicio negativo de Varela y Gutiérrez sobre la traducción de Velasco no tiene como única justificación cierto antihispanismo que ambos compartían: en la sección dedicada a la *Eneida* de su *Bibliografía hispano latina clásica*, Marcelino Menéndez Pelayo tampoco es demasiado elogioso con esta traducción, aunque le atribuye méritos que ni Varela ni Gutiérrez le encontraron. Asimismo, en su *Antología de poetas hispano-americanos*, Menéndez Pelayo, contra los elogios de Gutiérrez, consigna que la labor de traductor de Varela «no pasa de la medianía a pesar de su buen gusto y sólidas humanidades», pero con respecto a sus opiniones sobre la traducciones de Velasco y

El acierto con que se desempeña nuestro compatriota resaltaría si comparásemos su traducción con la más acreditada hasta ahora que posee la literatura peninsular que es [...] la de Gregorio Hernández de Velasco [...] se desprende en las narraciones y descripciones de la traba de la consonante a la cual se sujeta estrictamente el señor don Juan Cruz. (1871: 123)

Interesado en demostrar *objetivamente* esa superioridad, Gutiérrez, por ejemplo, contrapone la traducción del comienzo de la *Eneida* realizada por Velasco con la de Varela y, previsiblemente, concluye que mientras en los versos de la primera no hay ni armonía ni nobleza, la versión del segundo está en perfecta sintonía con la dignidad del «poeta original» (1871: 126).

Pero además, no contento con esto, Gutiérrez se esmera también por indicar también que esa «traducción argentina inédita» estaba a la par de las realizadas por los italianos Anfbal Caro y Alfieri: «Podríamos extendernos más en esta especie de paralelo de las tres traducciones; pero bastan los pasajes citados para demostrar que la traducción argentina no queda atrás ni en exactitud ni en belleza a las más afamadas italianas» (1871: 150-151). Y adviértase, en los fragmentos que acabo de citar, la insistencia en la adjetivación que nacionaliza —argentiniiza— el trabajo de Varela: la suya no es sencillamente una traducción al castellano sino, prioritariamente, una «traducción argentina». De este modo, la *Eneida* puede ingresar al idioma castellano por la aduana cultural de una ex colonia de España, y no por la de la ex metrópoli. Si, como lo ha señalado Álvaro Fernández Bravo, en los trabajos de Gutiérrez sobre literatura colonial «No es la metrópolis la que vierte sobre las colonias la civilización europea, sino al revés: son las colonias las que enriquecen a la madre patria y no sólo con oro, sino con talento y patrimonio cultural» (Fernández Bravo 2005: 99), con la traducción argentina de la *Eneida* se seguiría verificando, luego de la Independencia, esa paradójica inversión de roles.¹⁹

Ahora bien, como ya se anticipó, Varela no tradujo toda la *Eneida* —como sí lo hizo Hernández de Velasco— sino dos cantos; y esto —la incompletud de la labor de Varela, lo malogrado de su no obstante loable tentativa— es un problema para el competitivo Gutiérrez. Veamos. A menudo se habla del indeclinable interés de Gutiérrez por la documentación y el archivo. En efecto, Gutiérrez fue un apasionado de los archivos y un incansable archivador: más allá de las mani-

otros sostiene: «Salvo el excesivo rigor con Hernández de Velasco (en cuyo trabajo hay que distinguir la parte que está en verso suelto, y es casi siempre floja y desaliñada, de la parte compuesta en octavas, donde a veces se muestra poeta), todos estos juicios son de exactitud incontestables» (Menéndez Pelayo 1895: CXXXII).

19. Para agregar argumentos, Gutiérrez cita al escritor, crítico, bibliógrafo, editor y traductor español Eugenio de Ochoa, quien habría asegurado que «la España no ha dado muestras de devoción al gran Virgilio, puesto que no puede presentar una sola edición notable de sus obras, así como tampoco puede hallarse en lengua castellana una versión completa de las mismas desde los apartados días del maestro Diego López hasta los nuestros» (Gutiérrez 1871: 120). Ochoa es autor de una versión en prosa de la *Eneida* que se publicó por primera vez en Madrid en 1869; las palabras que le adjudica Gutiérrez son una paráfrasis no del todo exacta del texto introductorio a esa edición.

pulaciones a las que sometió los documentos que cayeron en sus manos, es gracias a él que se puede acceder a textos que, de no mediar su trabajo, habrían quedado en el silencio: entre otros, «El matadero», de Esteban Echeverría. Pero en relación con esto, la lectura de varios de sus textos permite descubrir que la frecuentación del archivo lo condujo también a un *mal d'archive* que se verifica en su casi absoluta convicción de que cualquier falta —que cualquier ausencia— será siempre temporaria; o, para decirlo de otro modo, a estar casi enteramente persuadido de que la convicción del investigador sobre la existencia de un documento implica ya, mágicamente, su probable existencia.

En este sentido, la extensa sección consagrada a la traducción de la *Eneida* oscila entre la *afirmación documentada* de que esa traducción alcanzó sólo al primer libro y parte del segundo y la *conjetura indocumentada* de que quizá Varela tradujo otros cantos.²⁰ Esa conjetura es también —por supuesto— un deseo —o, con más precisión, esa conjetura es síntoma de un deseo—, y por eso el biógrafo-investigador prefiere, antes que resignarse a la evidencia documental, considerar que la suerte —la «fortuna»— no lo acompañó en su búsqueda:

¿Estaba más adelantado o no este trabajo a la muerte de su autor? No lo sabemos. Investigadores más afortunados que nosotros hallarán tal vez algún día su continuación, o cuando menos los estudios y ensayos que deben haber precedido a esta labor meritoria, por parte de un hombre tan amigo de la exactitud y tan descontentadizo con respecto a las anteriores traducciones de la Eneida en verso castellano. (1871: 141-142)

Como si se tratara de los *hrönir* de Tlön (Borges 1974: 439-440) —esos objetos que crea la voluntad de hallarlos—, aquí el deseo del investigador de que exista un documento —vg. una traducción completa de la *Eneida* realizada por Varela— parece ser ya poco menos que la garantía de su existencia: algún investigador, más afortunado, podría hallarla. En este caso particular, este deseo se vincula en especial a que, de haber concluido su traducción, a Varela le habría correspondido la gloria literaria de haber colocado a la Argentina en particular

20. Félix Weinberg (1966) se encargó de demostrar que de la traducción de Varela de la *Eneida* solo había unos pocos versos más del libro 2 que Gutiérrez posiblemente no conoció. En 1874 Gutiérrez dio a conocer la traducción del primer libro en el tomo IX, nº 34, de la *Revista del Río de la Plata*. De la traducción del segundo libro, en 1869, en *La Revista de Buenos Aires*, se publicaron 185 versos. En 1888, en el volumen preparado por Adolfo Saldías (y con textos preliminares de éste y de Sarmiento), titulado *La Eneida en la República Argentina*, y que recoge las traducciones realizadas por Varela y por Vélez Sarsfield, de la traducción del segundo libro se publicaron los mismos versos que ya se conocían desde 1869. Sin embargo, ya en 1883 Calixto Oyuela había dado a conocer una mayor cantidad de versos de ese segundo libro —442; hasta el 273 del original de Virgilio— en el tomo 1 de la *Revista Científica y Literaria*. Weinberg asegura que Gutiérrez, aunque solo publicó parte de esos versos en el *Estudio* de 1871, los conocía en su totalidad. En 1939, finalmente, Manuel Mujica Lainez dio a conocer en *La Nación* unos pocos versos más de la traducción del segundo libro que poseía en su archivo familiar: ya no se trataba de una traducción terminada por Varela, sino de un borrador que Mujica Lainez no puede transcribir en su totalidad dada la cantidad de tachaduras realizadas por el traductor. Esos pocos versos (menos de 100) son los que acaso Gutiérrez no conoció.

—y a los países de habla hispana en general— a la par de «las demás naciones cultas» que contaban ya con sus respectivas traducciones completas, y de calidad, de la *Eneida*. Habiendo traducido solo dos cantos, la labor de Varela entusiasma pero al mismo tiempo —inconfesablemente— decepciona a Gutiérrez.

Así las cosas, embarcado en esta competencia cultural entre la Argentina y España a propósito de la traducción al castellano de la *Eneida*, la conclusión de Gutiérrez parece ser la siguiente: en el *pasivo* de la literatura española está la falta de una traducción digna de la *Eneida*; en el *activo*, la traducción completa —aunque indigna del original— de Hernández de Velasco; como contrapartida, en el *activo* de la literatura argentina se registra la muy superior traducción de Varela; en el *pasivo*, por su parte, el desventurado hecho de que esa traducción haya sido solo fragmentaria, que se haya reducido a una porción menor del total del texto virgiliano. De todos modos, en este balance acaso pueril (al menos en los básicos términos contables en que lo planteé) se juega, sin embargo, un anhelo fundamental: la posibilidad de reemplazar a España como aduana cultural (eso es la traducción, en última instancia) del mundo hispano; o, para decirlo de otro modo, despojar a España, como se lo había hecho en los órdenes político y económico hacia 1810, de las prerrogativas de una metrópoli.

Coda: las decepciones de Gutiérrez

Hace ya más de medio siglo, en el texto que le consagró a Juan María Gutiérrez y que forma parte de la *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Ricardo Sáenz Hayes se refirió al «drama intelectual de Gutiérrez», al que caracterizó como el haberle tocado «vivir en una época inferior a su cultura y en no tener a su disposición una gran literatura para estudiarla y juzgarla con la sagacidad de que era capaz» (1958: 299, énfasis mío). Sáenz Hayes diseña así, con alguna malicia, la imagen patética de un estudioso y diligente hombre de letras frustrado y desaprovechado ante la carestía de materiales a la que lo arrojó su *destino sudamericano*.

Considero que además de dar testimonio del meditado interés de Gutiérrez por la traducción, las zonas de los textos sobre Miralla y Varela en las que me detuve en los apartados anteriores constituyen también algunos de los avatares que informan sobre ese «drama intelectual». Por distintas vías, las traducciones de Miralla y Varela conducen a Gutiérrez a una similar frustración, a un no del todo disimulado desasosiego. Miralla traduce lo que no debe; Varela muere y así queda interrumpido su bien encaminado proyecto de traducción.

Al mismo tiempo, en el envés del registro de esas fatalidades se lee la postulación de una necesidad: la de apropiadas traducciones argentinas de la *Eneida* y de la *Comedia*. Y esa necesidad, a su vez, connota una carencia —unos molestos vacíos— de la literatura que Gutiérrez se abocó a estudiar durante su vida: la de poemas extensos, de andadura épica, a los que pudiera canonizar en términos fundacionales ya sea de una estirpe —o, en clave moderna, de una nación— o de una lengua nacional. Se trata de aquellos elementos que el principal heredero de Gutiérrez, Ricardo Rojas, pretendió descubrir, trabajosamente, en el *Martín*

Fierro, cuya segunda parte (*La vuelta de Martín Fierro*) se publicó un año después del fallecimiento de aquél en 1878.

Referencias bibliográficas

- AMANTE, Adriana (2003). «La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez». En: SCHVARTZMAN, Julio (dir. del volumen), JITRIK, Noé (dir. de la obra). *Historia crítica de la Literatura argentina*. Vol. 2: «La lucha de los lenguajes». Buenos Aires: Emecé, pp. 161-190.
- ARRIETA, Rafael Alberto (1944). «Sobre dos famosas elegías y sus traductores argentinos». *Revista Logos*, III, 5, pp. 9-22.
- (1960). «La traducción poética». En: ARRIETA, Rafael Alberto (dir.). *Historia de la literatura argentina*. Tomo VI, Buenos Aires: Peuser, pp. 239-276.
- BORGES, Jorge Luis (1974). «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius». En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, pp. 431-443.
- CASANOVA, Pascale (2001). *La República mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama.
- CROCE, Marcela (1999). «Fundación y resonancias de la crítica sociológica argentina: Juan María Gutiérrez». En: ROSA, Nicolás (ed.). *Políticas de la crítica*. Buenos Aires: Biblos, pp. 33-40.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2005). «Un museo literario. Latinoamericanismo, archivo colonial y sujeto colectivo en la crítica de Juan María Gutiérrez (1846-1875)». En: BATTICUORE, Graciela; GALLO, Klaus; MYERS, Jorge (comp.). *Resonancias románticas*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 85-100.
- FOSCOLO, Ugo (1977). *Últimas cartas de Jacobo Ortis*. Buenos Aires: Corregidor.
- GUTIÉRREZ, Juan María (1860). *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- (1866). «Don José Antonio Miralla». *La Revista de Buenos Aires*, año IV, 40, p. 481-522.
- (1871). *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista don Juan de la Cruz Varela*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- (1874). «Un forastero en su patria. Noticias sobre José Antonio Miralla». *Revista del Río de la Plata*. Tomo IX, 34, pp. 300-345.
- IRAIZOZ, Antonio (1923). «Un precursor olvidado: el argentino José Antonio Miralla, su amistad y sus relaciones políticas con José María Heredia». *Cuba Contemporánea*, 31, pp. 331-344.
- LAERA, Alejandra (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: FCE.
- MANDELSTAM, Nadiezhda (2013). *Contra toda esperanza*. Traducción de Lydia Kúper. Madrid: Acantilado.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1895). *Antología de poetas hispano-americanos publicada por la Real Academia Española*. Tomo IV. Madrid: Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».
- (1952). *Bibliografía Hispano Latina clásica*. Tomo VIII. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas.
- MOLLOY, Sylvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: F.C.E.
- MYERS, Jorge (1993). «Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria». *Entrepasados*, año III, 4-5.

- (1998). «La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas». En: GOLDMAN, Noemí (ed.) *Nueva historia argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio (1983). *Juan María Gutiérrez y Ricardo Rojas. Iniciación de la crítica argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina «Ricardo Rojas».
- PAGNI, Andrea; PAYÀS, Getrudis; WILLSON, Patricia (ed.) (2012). *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*. México: UNAM.
- PIGLIA, Ricardo (1980). «Notas sobre *Facundo*». *Punto de Vista*, III, pp. 15-18.
- ROMANOS SUED, Susana (2004). «El otro de la traducción: Juan María Gutiérrez, Héctor Murena y Jorge Luis Borges, modelos americanos de traducción y crítica». *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, 24, pp. 95-115.
- SÁENZ HAYES, Ricardo (1958). «Juan María Gutiérrez». En: ARRIETA, Rafael Alberto (dir.) *Historia de la literatura argentina*. Tomo II. Buenos Aires: Peuser, pp. 269-307.
- SARMIENTO, Domingo Faustino (1899). *Bosquejo de la biografía de D. Dalmasio Vélez Sarsfield*. En: *Obras completas*. Tomo XXVII. Buenos Aires: Imprenta y Litografía «Mariano Moreno».
- (2001). *Recuerdos de provincia*. Barcelona: Editorial Sol 90.
- SCHVARTZMAN, Julio (1996). «*Facundo* y la lucha por el sentido». En: *Microcrítica. Cuestiones de detalle*. Buenos Aires: Biblos.
- WEINBERG, Félix (1977). *El salón literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette.
- (1966). «El libro segundo de *La Eneida* en la traducción de Juan Cruz Varela». *Cuadernos del Sur*, 6-7, pp. 211-227.